

POR JOSE C.
VALADES

EMIRANDO A BUSTAMANTE

Clara y radiante la memoria; frescos y exuberantes los sucesos de la Guerra de Independencia, y llevando a su espalda la edad de treinta y nueve años,¹ fue cuando don Carlos María de Bustamante, oaxaqueño de pura cepa, empezó a escribir las páginas sobre los acontecimientos insurreccionales del 1810.

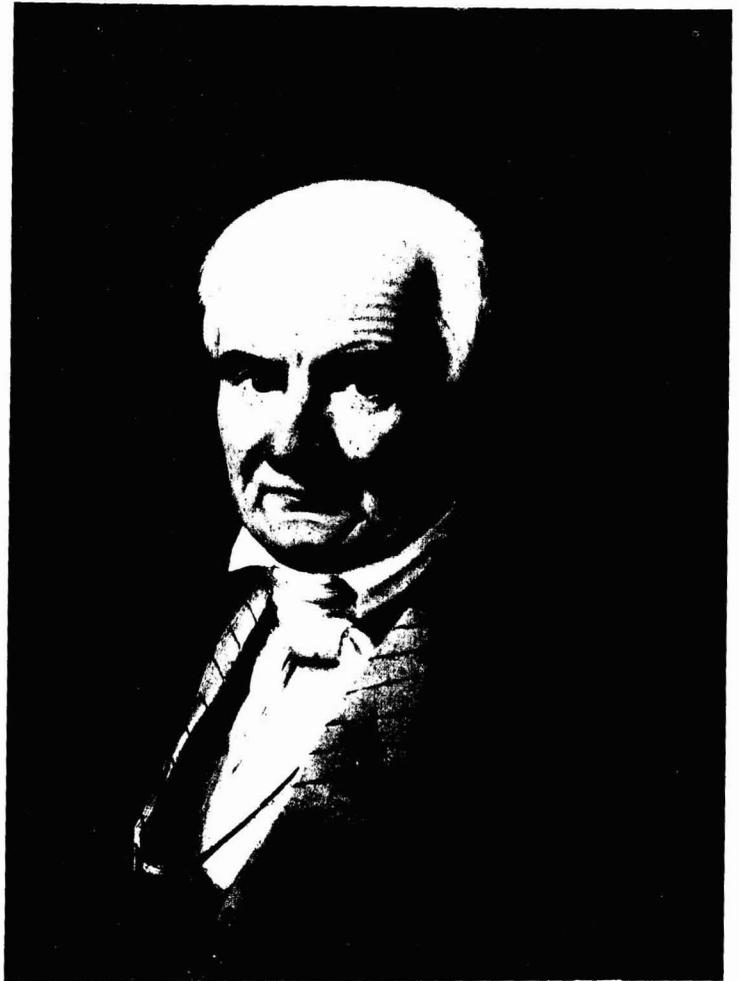
Condujéronle a tal dispositivo de su vida no sólo sus aficiones literarias,² antes también el deseo de dejar a la posteridad un testimonio de lo visto y oído acerca "de la revolución de la América mexicana comenzada en quince de septiembre".³ Pero se quedó corto. Don Carlos no ocupó únicamente documentos oculares y verbales para escribir la historia de la Independencia, pues por sus manos pasaron manuscritos e impresos relacionados con tales sucesos.

"Difícil empresa" acometió Bustamante, como con mucha honestidad lo dice él mismo; pero luego explica cómo halló un incentivo para continuar la obra y, en efecto, advirtió que "ningún americano" se encargaría de llevarla al cabo, y agrega "entre los extremos de carecer absolutamente de esta obrilla, a tenerla, aunque imperfecta, será mejor que hagamos lo segundo, contando con la indulgencia de mis censores".⁴ De esta suerte, hierve en el autor el propósito de servir al pensamiento y a los hombres de la insurrección; y cree que sólo le impele el patriotismo. Y no fue así. Don Carlos estaba más allá de lo patriótico, que es el sentimiento posible de hacer latir el pecho sin mucho trabajo, por lo cual constituye un tema que sin dificultad adoptan y exhiben los caudillos políticos.

El verdadero designio para escribir el *Cuadro Histórico*, designio que Bustamante escondió con timidez y que se halla en cada una de las páginas de su obra, fue el tratar de construir la mexicanía; también la dicha que encierra la movilización de los instrumentos que conducen al conocimiento de la verdad. Además, en el contexto del *Cuadro*, se descubre el deseo de convencer al lector de que ame las libertades públicas. Hay en la misma obra una inconfundible y maciza raíz democrática.⁵

Cierto, certísimo que no hubo en las empresas literarias del señor Bustamante un método histórico; ahora que es indispensable observar que la metodología de la Historia no rezó en los años correspondientes a la segunda década del siglo XIX, y que don Carlos María escribió las primeras cuartillas de papel en medio del fragor de la lucha armada; en "los campos de batalla". Por lo cual el autor dejó, con excesiva sencillez, las siguientes líneas: "Mis lectores no verán en esta obra (*Cuadro Histórico*) como la historia de la revolución, sino una compilación de materiales para que otro la escriba cuando ya hayan calmado las pasiones."⁶

Inútil esperanza de don Carlos María. Todavía a doscientos años de su nacimiento, los exaltados motivos del ánimo son signos inextinguibles del alma humana; y ¿qué de malo se ve en ello? ¿Por qué intentar reprimir lo que forma entre los modos del



hombre? Además, ¿por qué considerar las pasiones como un mero movimiento ruin del ánimo? ¿No acaso existe la licitud de las inclinaciones? A más del siglo y medio hidalguense, los preceptos del virreinalismo forman en la pragmática política mexicana. Y esto no es apartarse de lo recto, sino gozar en los privilegios de la libertad que, en la mentalidad de los virreyes, no debieron existir. Sin embargo, si la Historia ha de tener un fin, tal es el de sentir devoción a las libertades. De aquí, que lo histórico sea siempre institucional. No es ni puede ser mecánica del Estado y sí valor de la vida humana.

De la obra de don Carlos María de Bustamante, aunque no sea correspondiente a la metodología de nuestros días, hemos tenido esa lección; porque ¿con qué incalculable admiración se refiere a

José C. Valadés ■ (Mazatlán, 1900). Historiador. Autor entre otras obras, de *El Porfiriato*, *Historia general de la Revolución Mexicana*, *Historia del pueblo de México*. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de 1940 a 1959.



los sacrificios del mundo mexicano anónimo! ¡De qué manera ilumina el camino de la más flaca multitud insurgente! ¡Con cuánto arte y belleza busca dentro de su pobre, y en ocasiones arcaico vocabulario, el modo de mencionar a la muchedumbre popular! ⁷

Ahora bien: la ausencia del método fue la causa de que don Carlos María cayese en algunos quebrantamientos históricos; pero no de magnitud; tampoco de intención. Prueba de esto es que lo siguen en las narraciones don Lucas Alamán, en su *Historia de Méjico*⁸ y don Julio Zárate, en el *México Independiente*.⁹ Sin la obra de Bustamante don Pablo Mendivil no habría escrito las hermosas páginas del *Resumen histórico de la revolución*, editado en Londres por Ackerman; con quien los mexicanos estamos en deuda por lo que editó sobre México en días que los europeos, especialmente los españoles, estaban atolondrados por las noticias, nada agradables, de los sucesos relacionados con la guerra de Independencia.

Sin el *Cuadro Histórico* de Bustamante tampoco hubiésemos penetrado al alma de los caudillos independentistas. Los acontecimientos del 1810-1821 se prestaban a la deformación de las intenciones de tales hechos y de los hombres mismos. Así, las figuras de don Miguel Hidalgo y de don Ignacio Allende pueden ser conocidas en todas sus manifestaciones. Igualmente nos es dable internarnos en el carácter díscolo y voluntarioso de don Manuel Mier y Terán, y de explicarnos por qué tan ilustrado individuo no pudo ser presidente de la república a pesar de las prendas que le atribuyó el señor Alamán.

Debemos también a don Carlos María el conocimiento de las características, en ocasiones geniales, de don José María Morelos. Bustamante lo trató y siguió; sobre todo, lo estudió como hombre político y guerrero. De Morelos nada oculta Bustamante, estamos en aptitud de comprobarlo mediante cotejo, gracias al feliz encuentro de documentos, que el autor del *Cuadro* no tuvo a la vista. Y el discernir y exponer de Bustamante acerca de los hechos y pensamientos de Morelos, la obra bustamantina nos coloca a la derecha de lo que el historiador debe seguir cuidadosamente: el estado de ánimo político y guerrero de la gente; y en don José María Morelos el campo a estudiar es vastísimo.

A don Guadalupe Victoria, soldado hazañoso, de no pocos melindres y primer constitucionalista de México, lo seguimos debido a la narración de Bustamante, quien en seguida de la crónica hace notorios esfuerzos para alcanzar la plataforma del análisis; y como analista, Bustamante es más que Alamán. Don Carlos María, antes de ser historiador, fue abogado;¹⁰ nunca dejó de serlo. La primera formación del individuo es un poder determinativo en el curso de la vida.

Con todo y el perfil del hombre de leyes, los esfuerzos para aparecer imparcial en materia histórica tienen concurrencia en las páginas del *Cuadro*. El designio de ponerse en favor o en contra de personas o cosas, que fue gran preocupación de los historiadores que, como Bustamante, buscaban refugio muy a menudo en la salud de su memoria, está a la vista del lector, no obstante que don Carlos María no ocultó que formó en las filas de la insurgencia.

Pero así como buscó la imparcialidad, así Bustamante, en ocasiones, se alejó de la verdad para dar pábulo a las habladurías; ahora que esto es explicable. ¿No tales habladurías hacían vapores en los gustos de la gente de principios de siglo XIX? La falta de intercomunicación y el temor a disgustar a las autoridades civiles y eclesiásticas, congelaban las expansiones humanas. Además, las habladurías eran consideradas, en los días que repasamos, como documentos orales; los escritos no estaban al alcance de todos. Con lo dicho, no intentamos disculpar a Bustamante; sólo queremos asentar una de las causas por las cuales don Carlos María se vio envuelto en una costumbre común y corriente de la época que tenía por norma guiarse por los rumores.

No por seguir las huellas de sus coetáneos, sino por no poseer la virtud de lo imaginativo no inventó "historias". Era mexicano en todas sus cartas, y correspondía a la familia oaxaqueña, tan ajena a las sensibilidades de la voluntad o del pensamiento. Hay en el originario de Oaxaca una indeficiente frialdad en lo creativo. Hemos tenido Jefes de Estado, nativos de esa zona, guardianes celosos de la pureza mexicana, que presentan la prueba más evidente del carácter del oaxaqueño; carácter que no corre con la inventiva. De aquí que los originarios de Oaxaca sean la raíz del misonéismo nacional. ¿No a don Porfirio Díaz le producían molestias las innovaciones?¹¹



De la imparcialidad tan buscada por Bustamante, vino la primera visión favorable de don Agustín de Iturbide; después, el enfado. Más adelante, la censura espesa; y como en ninguno de esos capítulos trata de hacer ocultaciones, puso a la mano de los "futuros historiadores" no sólo la ignorancia política de Iturbide, sino también las veleidades de los hombres públicos en la nativa época independiente.

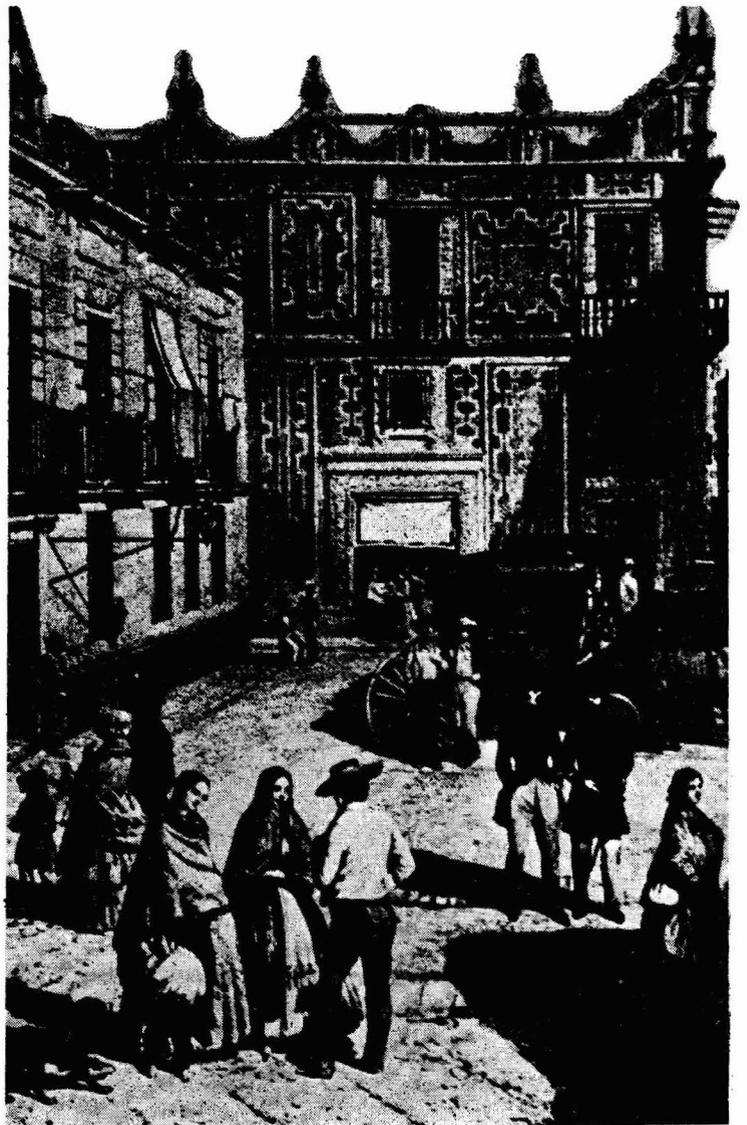
Además, nos facilitó la penetración a los deseos vanos, ligerezas y mutabilidades de los estratos superiores de la sociedad mexicana, gracias a lo cual podemos comprender el porqué de lo incierto en los caudillos políticos de la primera mitad del siglo XIX, y el porqué de la pesadumbrosa y hepática literatura de tales días que hoy, como resultado del estudio de la documentación histórica, vemos como las primicias del lento, aunque firme desenvolvimiento de los mexicanos.

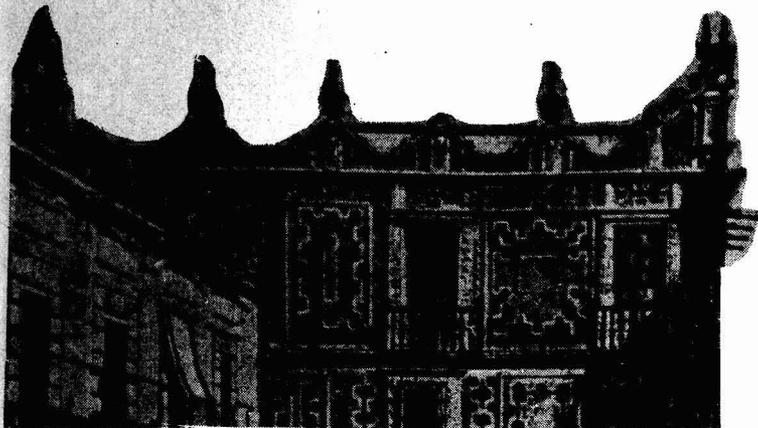
Remirando la obra de don Carlos María estamos en aptitud de entrar a la claridad de México; y esto sin hacer privativo *lo* histórico. De esta manera, personajes que daban la idea de lo herrumbroso y que parecían sacados a flote de los cabellos, v.g. don Vicente Guerrero, se nos arriman con sus actos de generosidad política. Distaba don Vicente de ser el negroide analfabeta con el que especularon algunos historiadores.¹² Lo moreno claro de su tez no le afeaba. Bustamante lo retrata como hombre sencillo, pero emprendedor; ingenuo, aunque sin leche en los labios; valeroso, mas sin la intrepidez de Morelos; político, sin las sutilezas de don Manuel Gómez Pedraza. Don Carlos María lo trató lo suficiente para hacer de él un juicio certero.

Además, la correspondencia epistolar de don Vicente, al igual que una parte de la documentación oficial de su presidenciado, que coleccionó amorosamente don Mariano Riva Palacio,¹³ realzan su fineza en el trato de los negocios públicos. Sus brusquedades no se debieron a una supuesta ignorancia; le asaltaban cuando sus enemigos intentaban contrariar la insurgencia. Guerrero vivió y murió envuelto en el manto de la pureza de los hombres de la Independencia.

Útil también para penetrar no tanto en el cuerpo de acciones guerreras y políticas de los caudillos independentistas, cuanto a fin de explorar y percibir el alma de los adalides insurgentes y entender sus facultades sensoriales, de manera de fijar la razón natural; útil también, repetimos, a tal objeto, es el anecdotario de Bustamante. Gracias a éste estamos capacitados para expurgar la obra de Alamán, por ejemplo, y para hacer numerosos cotejos con los escrúpulos que proporciona la contraluz.

Lo anterior lo decimos porque en ningún otro historiador mexicano, ya de ayer, ya de hoy, floreció lo anecdótico como en don Carlos María; y si es verdad que la relación de rasgos particulares riñe en muchas ocasiones con la metodología histórica ¡qué de enseñanzas nos proporciona! Tantas así que los historia-





dores de nuestros días no pueden escapar de lo anecdótico, y no a fin de divertir al lector, sino para coronar los acontecimientos historiales.

Sin embargo, para asociar la anécdota a la Historia, hay que medirla y pesarla; pues sucede a menudo que las narraciones vulgares ocupen el campo de lo cierto, especialmente en la cátedra, donde el profesor hace gozar a sus alumnos con narraciones que son meras supercherías o chirigotadas. Lo anecdótico, pues, merece un trato específico. El abuso de tal instrumento en un estudio histórico da la idea de abandonar el fondo de los hechos por las superficialidades vanas, y por lo mismo alejadas de la verdad. Y es esto lo que ha dado ocasión para que la intencionalidad morbosa presente a don Carlos María como historiador insólido.

Es cierto, certísimo, que la obra histórica de Bustamante es de las que no hacen pensar. En tal faz le sobresaie don Lucas Alamán, porque ¡qué de motivos brotan de la pluma del autor de la *Historia de Méjico!* ¡Qué de ideas y pensamientos! ¡Cuántas preocupaciones acerca del vivir mexicano; y del vivir, ora social, ora económico, ora político! Así como Bustamante provoca a hurgar en nuestro pretérito, Alamán nos obliga a pensar. Muy desemejante es la obra de uno y de otro; y es que el primero quería ilustrar; el segundo invitaba a la meditación.

Esto no obstante, ambos historiadores constituyen una unidad patriótica, puesto que la misión de la Historia consiste en aclarar con imágenes lo pasado y considerar y discurrir sobre el mañana. De aquí la necesidad de dar continuidad a lo historiable, dar adecuación a las palabras, dar alma a las cosas y examen a las ideas. En la historia no basta la narración exornada, sino distinguir y dictaminar si falta en ella el juicio; lo que equivale a distinguir y juzgar sobre los hombres, las cosas y los pensamientos. De aquí que la Historia posea tantos bemoles que se hace ciencia y razón.

Bustamante no sólo tiene la virtud de poner a nuestra vista los florilegios anecdóticos; también nos enseña a trabajar. Su laboriosidad fue imponderable. Su incansable trabajar asociado a su probidad personal, son cualidades que nadie le disputará. Sus impresos, especialmente la folletería, las publicaciones periódicas que editó, los manuscritos que dejó a la posteridad, las obras ajenas que llevó a las prensas y su actuación política, servirán para que le admiren propios y extraños.¹⁴ Otros historiadores que se sentían de alto tación no pudieron menos que elogiarle aunque lo hicieron después de su deceso.

A pesar de las empresas literarias de Bustamante, las censuras a sus tareas le persiguieron siempre. La mayor de todas, puesto que hay que colocar a un lado las producidas por los enconos circunstanciales, fue la que le hizo don Lorenzo de Zavala, con quien tuvo molestias personales, pues éste, creyéndose con mayores aptitudes que aquél, pretendió monopolizar las fuentes princi-





pales de la historia concerniente a la independenciam; y esto cuando don Carlos María llevaba muy adelantado su *Cuadro*. Este deseo competitivo es muy frecuente entre los historiadores, como si no hubiera más que un tema en la historia de México.

Zavala, en sus ímpetus publicistas, llevó la detracción al *Cuadro Histórico* más allá de la decencia; porque el trabajo de don Carlos María es digno de respeto, sobre todo por el amor que encierra a la patria mexicana; amor que en ocasiones alcanza el tono de vehemencia. Pero leamos, por lo que más adelante diremos, lo escrito por don Lorenzo:

“Don Pablo Mendivil... ha purgado aquel fárrago de una infinidad de hechos falsos, absurdos y ridículos, de que está lleno el tal *Cuadro Histórico*. Las autoridades de México han cometido el error de permitir a Bustamante entrar en los archivos, franqueándole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas, y este hombre sin crítica, sin luces, sin buena fe, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad, y dando un vergonzoso testimonio para el país de la falta de candor y probidad en un escritor público de sus años.”¹⁵

La exageración de don Lorenzo al referirse a la obra de Bustamante pudo tener raíces en la envidia, pero es necesario recordar que Zavala, aparte de su acrimonia personal, era un ser eminentemente político que, buscando un porvenir dentro de la zona oficial mexicana, no se detuvo para traspasar los límites de lo justo. Por supuesto que Bustamante no se embarazó para contestarle en medio de un hervor de sangre.¹⁶

Infortunadamente, la andanada zavalesca repercutió al través del siglo XIX y aún en nuestros días se repite, si no con las palabras despectivas y antihistóricas de Zavala, sí con la desmesura y atropellamiento usado por don Lorenzo. Así, don Victoriano Salado Alvarez, para concluir su afectada biografía de don Carlos María, llama a éste “chabacano grafómano”, “farragoso difusor de patrañas” y “polemista de mala fe”.¹⁷

Salado, en tan desgraciado y ligero juicio, sólo se salva por ser víctima de un grave error nacional: el de la repetición. Su dicho se originó, insistimos, en Zavala y en una cauda de literatos de todos los niveles que han tratado de rivalizar con el respeto que impone la obra de Bustamante. Por otro lado, han mediado en las censuras a don Carlos María las cuestiones de partido; ahora que esto último no se eleva a la calidad de pecado literario como el enconar los ánimos por mera envidia.

Los detractores de Bustamante deberían hacer memoria del material histórico que nos legó. Su sola folletería es una constelación en la que no hemos excursionado. Si en la superficie tales opúsculos tienen aspectos de meros juguetillos —y juguetillos llamó don Carlos María, con todo recato, a sus pequeñas producciones—,

en cambio, cuánto jugo es posible extraer de los mismos, puesto que algunos nos enseñan las costumbres públicas y domésticas de la época, con las que se puede comenzar a armar una necesaria historia de la sociedad mexicana, ajena a las cuestiones del Estado; también un ensayo del vocabulario del vulgo en la primera mitad del siglo pasado. Por último, se estará en aptitud de extraer unos apuntamientos de carácter económico y tributario sobre los años que siguieron al 1821.

Una recolección de tales folletos conexivos a las cuestiones sociopolíticas del país, en la que quedarían incluidos la *Memoria de Tampico*, el *Plan de Colonización*, el *Diario Exacto de Zacatecas*, el *Dictamen de la Comisión*, el *Memorial*, el *Análisis Crítico* y otros tan importantes como los citados, sería de utilidad para los estudiosos y obligaría a pensar sobre los problemas extensos e intensos de México.

Tanta era la pasión por la historia de Bustamante; tanta su laboriosidad; tanto su amor a la patria, que realizó otra empresa que no provenía de su pluma, pero que se asoció a Cavo y Sahagún, a Veytia y León, a Gama y a López de Gómara. Su vida literaria, fue, pues, de una actividad cerca a lo incomparable entre los escritores mexicanos; aunque quizá el P. don Agustín Rivera, de quien es necesario que nos ocupemos algún día, le va a la zaga.

De esta suerte, don Carlos María vivió sus setenta y tres años en ajetreos históricos y literarios, sin dejar de cortar leña política. Su mujer, doña María Manuela García Villaseñor, oriunda de Morelia, compartió con él alegrías y desdichas. Le siguió a los campos de batalla; le sirvió de amanuense. Fue doña María Manuela mujer ejemplar de quien no se puede dejar de hablar cuando se mencionan las empresas revolucionarias e históricas del señor Bustamante.

Acapulco, Septiembre, 1974.

NOTAS

- 1 *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*, Méx., 1833.
- 2 *Vide*, *Diario de México* a partir de octubre del 1805.
- 3 *Cuadro Histórico*, Ed. Lara.
- 4 *Ibidem*, t. II, Carta Primera
- 5 *Ibidem*, II, pp. 225, 435
- 6 *Ibidem*, III, Prólogo.
- 7 *Vide*, *Cuadro*, t. I
- 8 Ed. Lara, 1849
- 9 *México a Través de los Siglos*, Tomo IV
- 10 *Apud Hay Tiempos*
- 11 *Vide*, Valadés, *El Porfirismo*, Méx., 1941
- 12 *Vide*, Luis G. Cuevas, *Porvenir de México*, Méx., 1850
- 13 Correspondencia, Mss. 14 tomos en poder de la familia Almazán.
- 14 E. O'Gorman, *Guía Bibliográfica*, Méx., 1967
- 15 Zavala, *Ensayo Histórico*, París, 1831, t. II, p. 2
- 16 *Apud*, *Cuadro*, t. I, 8
- 17 *La Vida azarosa y romántica*, Madrid, 1933, p. 266

